

CAPITULO I.

SITUACION MORAL Y MATERIAL DE ESPAÑA AL ADVENIMIENTO DE LOS BORBONES.

Literatura.—Su rápida decadencia.—Sátiras escandalosas.

APÉNAS puede concebirse el decaimiento general que en todos los ramos, lo mismo en administración que en el arte militar, que en las costumbres, en las ciencias y en las artes, se experimentó en el brevísimo espacio de poco más de siglo y medio.

Cuando subió Carlos I á ocupar el trono encontró un renacimiento completo, si así podemos expresarnos, en la nación que tan debilitada, empobrecida y atrasada había dejado el rey Enrique IV.

El poderoso y vivificador aliento de los Reyes Católicos varió por completo el aspecto de la nación, y si con Gonzalo de Córdoba habíase inaugurado la escuela de los grandes capitanes, con Cisneros encontraron las ciencias y la literatura un protector poderoso.

La famosa Universidad de Alcalá, y la no menos célebre impresión de la Biblia Poliglota, son dos de los más preclaros timbres de aquel varón eminente.

Cuando Juan Brocario, el famoso impresor español, presentó al Cardenal el primer ejemplar de aquella Biblia que representaba el fruto, digámoslo así, del maravilloso descubrimiento de Gutemberg, ¡cuán ajeno debía estar de que en el corto espacio de ciento ochenta años aquella misma imprenta, que tan gloriosamente principiara, sólo había de ocuparse en groseros escritos, en mordaces sátiras y en vergonzosos libelos contra tanta audaz ambición, contra tanto magnate intrigante, contra el postrer vástago de una dinastía que comenzara gigante para sucumbir pigmeo!

Durante el reinado de Carlos I puede decirse que la literatura estuvo preparándose para el poderoso esfuerzo de que dió tan potente prueba en el de su hijo Felipe II, y la aparición del *Quijote*, y las obras que en todos los demás géneros de la literatura fueron sucediéndole, no podían por ningún concepto dar lugar á presumir lo que dentro de pocos años iba á suceder.

Repasando nuestros apéndices de los reinados de Felipe III y Felipe IV se ve en ellos, aun cuando muy sucintamente, pues las condiciones de nuestro trabajo no nos lo permite de otro modo, el floreciente estado de aquella literatura que prestaba recursos á la de otros países, y no puede menos de producir dolorosa sorpresa ver el notabilísimo cambio, la diferencia tan enorme que existe entre el reinado del cuarto Felipe y el de su hijo.

Es verdad que ya en los últimos años de aquél adviértese un muy notable decaimiento en la literatura.

La corrupción que tanto se había desarrollado en las costumbres extendiase á todos los ramos, y si la venalidad en administración, y la torpeza en política, y la falta de patriotismo, eran una verdad, la corrupción en el buen gusto, los delirios de escuelas determinadas no eran más que la consecuencia lógica, el reflejo verdadero de aquella sociedad que había envejecido con tanta rapidez.

Si queremos conocer un pueblo estudiemos su literatura, sus bellas artes, ellas nos dirán el grado de cultura que alcanza, y por éste comprenderemos el bienestar de que disfruta y el mayor ó menor grado de libertad que posee.

La literatura de la época de Carlos II está reflejando perfectamente la situación general del país.

Ya no se ve rasgo alguno de genio; ya no se ve más que la ira, el despecho, la cólera, luchando todavía con el antiguo respeto, con el hábito de servidumbre, digámoslo así, contraído, hacia la corte, y lo mismo en la forma que en el fondo no se ve en aquella literatura más que la decrepitud de la nación que había recorrido en breve el espacio que otras tardan siglos en atravesar.

¿Cómo era posible que de esa época en que las intrigas palaciegas eran la única ocupación de la corte, en que la virilidad, la energía, la proverbial dignidad española parecían haberse extinguido, que el pensamiento diese muestras de una elevación y de un decoro que no existía en el modo de ser de la nación en general?

Conforme con la situación general del país, con el envilecimiento, si así podemos expresarnos, por más que sea dura la frase, en que éste se hallaba, tenía que ser cuanto de él procediere, y así era tan deplorable el aspecto que ofrecía aquella literatura tan floreciente en épocas anteriores, tan envidiada por las demás naciones, y tan protegida especialmente por el padre y abuelo de Carlos.

En la literatura de este reinado, lo mismo que en las bellas artes, se ve, como ya hemos dicho, la decadencia general de la nación, pareciendo imposible que tan corto espacio fuera suficiente para producir un cambio tan notable.

La sátira era lo que lo invadía todo, y aun esta sátira carecía de gusto, pudiendo ofrecer, como muestra de ella, á nuestros lectores los siguientes versos de una composición dirigida contra el corregidor Ronquillo, que decían así:

Lo cierto es que al buen Ronquillo
No le ha de estar mal su ardid,
Y el cordón para Madrid
Será para su bolsillo.

Va que se enoja de oílo,
Y nos quiere persuadir
Que esto puede producir
Para conquistar á Argel,
Y va que me... en él.

Dice han de dar los montados
A las rentas más valores,
Y si los arrendadores
Quebraren, les trae soldados.
Va que por ello obligados
La taberna y el figon
Le ofrecen sueldo y blason
De teniente coronel;
Y va que me... en él.

De igual modo á la *Junta Magna*, que llamaban también *Junta de Conciencia*, le decían:

¿Hay tan grande impertinencia
Como andarse preguntando
Qué es lo que se está tratando
En la Junta de Conciencia,
Cuando sin indiferencia
Se dice por esas plazas
Que está diecurriendo trazas
Para elegirlo mejor,
Mandando al corregidor
Que tase las calabazas?

Y en otra décima decía:

Dígame; lo que se junta
De mercedes reformadas,
Señorías limitadas,
Y cuanto el decreto encierra,
¿Se ha de aplicar á la guerra,
Ó á comedias y jornadas?

«Como se ve por esta muestra, dice un historiador, y se vería por otras infinitas, que podríamos fácilmente acumular, y según anteriormente hemos ya observado, el gusto literario, ya harto corrompido al fin del reinado anterior, acabó de perderse en el de Carlos II. Había, sí, abundancia de ingenios, y eran innumerables las composiciones poéticas que se escribían; pero aquéllas en general no llegaban cuando más sino á la medianía, y éstas por lo común eran sátiras ligeras sobre los vicios y contra las flaquezas y miserias de los personajes de la corte; en las cuales, á vueltas de tal cual agudo chiste, de tal cual ingenioso *estrucano*, y de algunas sazonadas agudezas dichas con donaire, se empleaba las más veces un lenguaje vulgar, poco decoroso, y hasta chocarrero, y frases que no sólo la cultura, sino la decencia rechazan.»

También en ocasiones se lamentaba por lo serio el estado de las cosas públicas, y no sin cierto fuego y energía en la idea y en las palabras, como en el siguiente soneto:

¡Oh España, madre un tiempo de victorias,
Y hoy irrisión de todas las naciones!
¿Qué se han hecho tus bélicos pendones,
Que aun de su orgullo faltan las memorias?
¿Quién ha borrado tus augustas glorias,
Siendo todo proezas y blasones?
¿Dónde están tus castillos y leones,
Que dieron tanto asunto á las historias?
Ya de todo te ves desfigurada,
Sin providencia, sin valor, ni leyes,
Ni quien te mire como madre atento;
Todo es llanto; la culpa entronizada,
Y faltando los reyes á ser reyes,
También falta razón al escarmiento.

Puede comprenderse perfectamente por el anterior soneto que como una muestra de las condiciones de nuestra literatura de aquel tiempo ofrecemos, á qué extremo llegaría la irritación y el escándalo, para que de aquella manera se escribiera y se juzgase al Monarca, así como también lo poco que debía importarle á la Reina y á sus favoritos ser tratados así, cuando tan poco hicieron por enmendarse, á pesar de tan congruentes censuras.

Por el contrario, mientras todo esto se escribía, los cargos públicos seguían vendiéndose, la Reina y sus secuaces haciendo su vergonzoso, aun cuando lucrativo negocio, y mientras tanto el Rey no encontraba mercaderes que le quisieran fiar más comestibles para su manutención, y abandonaban sus caballerizas sesenta palafreros, porque después de estar reclamando por mucho tiempo sus salarios de tres años, no había medio para pagarles.



MIGUEL CERVANTES

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO II.

La crítica.—Falta de verdaderas inteligencias.—Medidas administrativas.—Carencia de tacto y de conocimientos que en ellas se observan.—Nulidad de las cortes.

Se comprende perfectamente que las épocas de desaciertos, de inconsecuencias, de corrupción y de venalidad son las que se presentan más fácilmente á la crítica, y las que á cada momento están facilitando recurso para semejantes trabajos.

Pero entre la crítica de Cervántes, entre aquel imperecedero y glorioso monumento que España posee en el *D. Quijote de la Mancha*, y la crítica rastroera, vergonzosa y falta de dignidad y delicadeza del reinado de Carlos II, existe todo un mundo de diferencia.

El siglo que había engendrado un genio como el de Miguel Cervántes no era por cierto el de los anónimos autores de tanta letrilla, de tanto libelo como circulaba en el reinado del postrer vástago de la casa de Austria, y teniendo esto en cuenta no debe extrañarse que de tal modo hubiese degenerado la crítica desde el reinado de Felipe II al de su biznieto.

La creación del famoso Hidalgo manchego, fué, si así podemos expresarnos, una gota de la hiel que había en el corazón de Cervántes arrojada sobre aquella sociedad tan llena de defectos, sociedad de relumbrón en que la vista no se detenía más que sobre aquello que brillaba, aun cuando fuese falso, desconociendo y desatendiendo el verdadero mérito.

Era el grito de un corazón herido, grito que podía traducirse en una carcajada, pero carcajada que se arrojaba con las lágrimas en los ojos y la angustia en el alma.

Gótas de hiel eran también las sátiras del reinado de Carlos II, gritos de cólera y de dolor eran aquellas poesías groseras y faltas de respeto; gritos lanzados por el pueblo que veía su miseria y su decaimiento, formando escandaloso contraste con las facciones que rodeaban el trono de aquel Monarca débil y pusilánime.

Pero entre un grito y otros, entre la amargura del corazón de un gigante y la de unos corazones pimeos existía la diferencia que media entre el genio y la nulidad, diferencia que, á la par, la llevaban en sí también las dos épocas á que nos referimos.

Sátiras y críticas hemos visto en los reinados de Felipe III y de Felipe IV, pero tan vergonzosas, tan faltas de ingenio, tan procazes, digámoslo así, como las del reinado de Carlos, no fueron ninguna.

Y á ellas necesario es convenir que daban pié los mismos escándalos, la misma degradación de aquella corte que tanto había descendido del nivel en que la dejara Felipe II.

Intrigas y desaciertos hemos registrado en los reinados del hijo y del nieto de éste, mas las del postrer monarca de la casa de Austria superaron á todas.

Y como que estas intrigas eran tan escandalosas, como que de un modo tan desembozado se estaba viendo la venalidad y el ínteres, la corrupción y el escándalo, natural era que en la misma medida fuese también la censura y la acusación.

De aquí la falta de respeto con que se trataba lo mismo al Rey que á los demas personajes de la corte (1), pues una vez dado el ejemplo por las cabezas, era lógico que todo estuviera en íntima relación.

Habíanse roto por completo los frenos del respeto y de la consideración, y como precisamente dieron pié para ello aquellas mis-

(1) Para que pueda juzgarse de qué manera se conaturaba no solamente á los reyes sino á los personajes más importantes de la corte, véase el siguiente papel que circuló con profusión por la corte, y que decía así:
«La gran comedia de *La Torre de Babel* y *confusion de Babilonia* que se representa en Madrid, reducida á papeles:

PERSONAS QUE HABLABAN EN ELLA.

La Majestad cautiva.	El Rey
La Ambición y el Poder.	La Reina regente.
La Noblez ultrajada.	La reina Mariana.
La Heredía exaltada.	La Berlips.
La Púrpura y la Ignorancia.	El Cardenal.
El Todo y la Nada.	El Condestable.
Nembrot y Narciso.	El Almirante.
La Verdad sin provecho.	Montalvo.
La Presunción y Arrogancia.	Villafrauca.
La Traición laureada.	Aguilar.
La Intención malograda.	Monterey.
El Desengaño por logro.	Balassas.
La Malicia y el Escarmiento.	Oropesa.
La Fortuna y la Desgracia.	Baños.
El Sacrificio violento.	Carzero.
La Inmensidad premiada.	Arias.
La Simpleza agradable.	Benavente.
La Maldad necesaria.	Pedro Nuñez.
La Universidad de lenguas.	Vitena.
La Pérdida de Barcelona.	Gastañaga.
La Experiencia más inútil.	Mancera.
El Diablo confamiliar.	El Cojo.
El Antecurto de España.	El Confesor.
La Desunión é Ignorancia.	El Consejo de Estado.
La Paz octaviana.	El de Guerra.
La Injusticia solapada.	El de Castilla.
La Lástima y Compasión.	El de Aragón.
El Vicio apetecido.	El de Flandes.
El Vicio ilustrado.	El de Italia.
La Siraçon más impia.	El de Hacienda.
La Gala sin la Milicia.	El de Ordenes.
La Rapiña más cruel.	La cola de Alcaldes.
La Estafa establecida.	El de Indias.
El mayor mérito.	El Oro.
La Fábrica en lo caído.	El Corregidor.
El Robo permitido.	El Cordon.
El vestuario turbado.	La Covachuela.
El Apuntador.	Larrea.
El Teatro.	El Orbe.
La Esperanza del Remedio.	La Sucesion.

mas personas que más obligadas estaban á guardarse respeto á sí propias, su misma conducta prestaba mayor pávulo á los ataques incensantes que se les dirigían.

Viendo la Junta Magna que los medios empleados para recaudar ó allegar los recursos que necesitaba, le eran insuficientes porque se estrellaban ante influencias y oposiciones, con las cuales no tenían valor bastante para romper, buscó recursos nuevos que ni dieron el resultado que se apetecía, ni demostraban la capacidad de los individuos que componían aquella corporación.

La imposición de un donativo forzoso á toda la nación, sin exceptuar á nadie; la rebaja de una tercera parte en los sueldos de todos los empleados desde el más elevado hasta el más inferior, y la suspensión de pago en las mercedes, libranzas, etc., no argüían por cierto ni grandes conocimientos rentísticos, ni era posible tampoco que condujesen á los resultados que se prometían.

De la misma manera, aquella junta de los *Tenientes* tampoco respondió á la idea que precediera para su creación. Era necesario aumentar el ejército, y acordado por ella la presentación de un soldado por cada diez vecinos, apenas ni pudo reunirse un diez por ciento de los soldados declarados, pues los restantes, amparados y protegidos por las mismas justicias ó por los oficiales encargados de la recluta mediante cantidades más ó menos crecidas, se ocultaban ó se fugaban, resultando de aquí la ineficacia más completa en el acuerdo de la Junta.

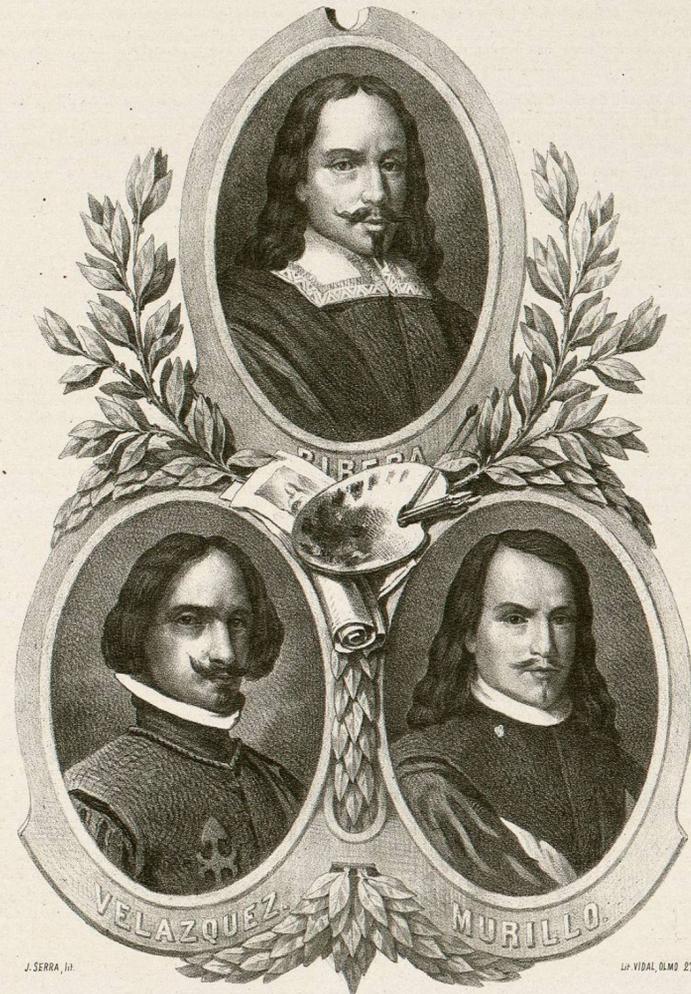
Verdaderamente ésta no sirvió más que para que se dijera que en España, á consecuencia de la falta de un rey, se habían creado cuatro soberanos, siendo hasta cierto punto una fortuna para el país que aquéllos no hubiesen sabido serlo, pues la monstruosa repartición de la península entre aquellas cuatro personas hubiera podido ser de fatales consecuencias para la unidad nacional á costa de tantos esfuerzos conseguida.

«Débil y flaca la monarquía desde el principio del reinado, dice un historiador; flaco y débil desde sus primeros años el Monarca; siempre en tutela como un niño, por su espíritu apocado; viejo á los treinta y seis años, sin haber sentido nunca el vigor de la juventud; casado sucesivamente con dos mujeres; sin sucesión ninguna, y sin esperanzas de tenerla; miradas por todos como próximas á extinguirse su vida y su raza, suscitase anticipadamente la cuestión de sucesión para llenar de amargura los últimos días del Rey, y de nuevos conflictos al reino.

«El desventurado Carlos, hipocondríaco y enfermo, se ve condenado á no oír hablar sino de la proximidad de su muerte y de las gestiones de los que aspiran á heredar su trono. En las cortes extranjeras, en la de España, dentro de su mismo palacio, en el confesionario, en la cámara, en todas partes se agita la cuestión de sucesión. Es el objeto de las negociaciones diplomáticas; es el asunto de las consultas; es el tema de las conversaciones y de los escritos; es el argumento de las intrigas. Emperadores, reyes y príncipes de Europa, el romano Pontífice y sus legados, los embajadores de las potencias, los consejos de España, las Juntas, la Reina madre, la esposa del Rey, los confesores, los teólogos, los jurisconsultos, los prelados, los magnates, el pueblo, todos toman parte en esta ruidosa contienda. Hay desacuerdo en los Consejos; disidencia entre los grandes; la corte y el pueblo se dividen en dos grandes partidos, austriaco y francés. Motivos de resentimiento sobran á los unos contra la Francia, motivos de queja contra el Austria sobran á los otros. Largas y sangrientas guerras había movido á España el francés, y había usurpado gran parte de sus dominios; pero era la nación más poderosa de Europa; su dinastía la más robusta; las reinas que de allí habían venido las que habían dejado mejores recuerdos. Austria era hacia siglos la aliada natural de España; su dinastía, la dinastía española; pero era ya un linaje degenerado; las reinas que de allí habían venido habían sido y estaban siendo funestas á España; Austria nos había correspondido con ingratitude, y su amistad nos había sido más fatal y más costosa que la enemistad de la Francia. Alemanas las dos reinas, ambas querían un sucesor alemán; pero la una pretendía que fuese de la casa de Baviera, la otra del Imperio. No había acuerdo ni entre la madre y la hija, ni entre el esposo y la esposa. La disputa de sucesión había desatado los lazos de la sangre y los lazos del consorcio.»

Efectivamente, en semejante situación el monarca de España no era fácil, como se comprenderá por el cuadro que acabamos de exponer, ni que pudiera sostener abiertamente su voluntad ni hacer que triunfase en tan encarnizada lucha de encontrados intereses, y al mismo tiempo la nación, enflaquecida y postrada como estaba, tampoco tenía fuerza para hacerse respetar y para que se cumpliera el deseo de su rey.

Aquellas cortes, legítima representación del reino, único tribunal que podía decidir en cuestiones tan importantes y de tanta trascendencia para el país, heridas gravemente en Villalar, habían recibido nuevo golpe en el reinado de Felipe II en medio de la sangre y de la implacable persecución de que fueron objeto, y, como dice muy bien un autor contemporáneo, arrastrando una vida sumamente lánguida en los reinados sucesivos, fueron á morir de inanición con Carlos II.



PINTORES DEL SIGLO XVII.

Riera, Editor. Barcelona, Robador, 24 y 26.